

COLECCION
CLAVEL
DEL AIRE

Premio Juan Carlos D'Accurzio

A. TEJADA GOMEZ

TONADAS DE LA PIEL

MENDOZA

3

MIEMBROS
DEL JURADO

Presidente de la Sociedad Mendocina de Escritores:

HUMBERTO CRIMI

Representante de la Sociedad Mendocina de Escritores:

LUIS CODORNIU ALMAZÁN

Representante de los Autores:

IVERNA CODINA DE GIANNONI

Representante de Gildo D'Accurzio

RICARDO TUDELA

Colección al cuidado de
ALBERTO RAMPONE

A. TEJADA GÓMEZ

TONADAS DE LA PIEL



COLECCION CLAVEL DEL AIRE

MENDOZA
1955

COLECCION CLAVEL DEL AIRE

Obra premiada en el Concurso anual JUAN CARLOS D'ACCURZIO, instituído por Gildo D'Accurzio y realizado, a solicitud de éste, por la Sociedad Mendocina de Escritores. Año 1955.

Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

Queda hecho el depósito que previene la Ley Nº 11.723

PORTICO

Dentro de la geografía poética argentina, Mendoza ocupa uno de los lugares más destacados. Una nueva generación se perfila con relieves de creación inconfundible, dentro de una estética renovada. Jóvenes como Efraín Peralta Andrade, Hugo Acevedo, Fernando Lorenzo y Amílcar Urbano Sosa proclaman la existencia de una literatura adulta, que no debe ser ignorada por el resto del país.

El tercer Concurso Literario JUAN CARLOS D'ACCURZIO, *reunió a un grupo de poetas que hicieron difícil la elección del premio único. Por esto, la distinción que se otorgó al poeta Armando Tejada Gómez es altamente significativa. Tuvo que competir con obras de alta calidad, confrontarse con trabajos de extraordinario calibre poético.*

Armando Tejada Gómez, poeta de la nueva generación, llega con el ímpetu de su juventud y de su talento. Anteriormente había merecido el segundo premio del Concurso Literario Municipal de Mendoza por su obra PACHAMAMA. Este otro galardón conquistado al obtener el premio único en el Tercer Concurso Literario JUAN CARLOS D'ACCURZIO, *con su obra* TONADAS DE LA PIEL, *reedita sus condiciones, y se supera en una concepción más poética y telúrica de los temas.*

La Sociedad Mendocina de Escritores al patrocinar este certamen, por voluntad de su creador, el impresor cuyano Gildo D'Accurzio, ha realizado la tarea con la mayor responsabilidad, procurando dar a este acto la alta jerarquía que le corresponde.

Debemos mencionar una vez más el rasgo magnífico de Gildo D'Accurzio, que al donar la edición íntegra de esta obra a su autor, honra a la cultura mendocina.

El tercer volumen de esta colección, que lleva el nombre del desaparecido hijo de su creador, constituye un hito más en nuestra literatura, jalonada por nombres como los de Juan Gualberto Godoy, Alfredo R. Bufano, Jorge Enrique Ramponi, Ricardo Tudela y Vicente Nacarato.

HUMBERTO CRIMI
Presidente de la Soc. Mendocina de Escritores

Mendoza, abril de 1956.

A mi padre Tropero,
fundador de caminos.

A mi gente.

TERRITORIO DEL CANTO

DESCRIPCION DE LA TONADA

"Soy el que canta
detrás de la copla."

JAIME DÁVALOS

Denso es el vino del cantor. Un aire áspero le roza los labios donde la risa estalla espaciosa, anárquica, desmesurada: toda llena de un vigor escondido, parecido a la furia. Tapa su situación con vino. Se olvida de acordarse. Canta. Ahora es Sábado, se desalquila del salario, se exime del sudor por esta noche y mañana: la miseria se le olvida en la miseria. Es libre.

Manosea su libertad el peón, el empleado público, la mujer nativa. Todos los agregados al silencio. El Pueblo. Exceden su imposibilidad cantando, dispuestos a descoser la noche, confabulados con lo fabuloso, gigantescos. De pronto adquieren el tamaño de su sombra, altamente se agitan y gesticulan, ejercitan su grandeza porque no caben en la noche. Son enormes.

Ahora la tonada les zumba en las orejas su moscardón nocturno, va y viene en el aire: la respiran. La condición espesa de la copla los anega, su contorno carnal, lo impon-

derable; hay la atmósfera lenta, el ruido del milagro, ciertas crepitaciones pegajosas, en fin, la circunstancia del presagio. Es cuando se le ve el sexo a la alegría, se desnuda en los rostros, desciende de las bocas, cae al suelo. Y se va levantando un polvo bárbaro, casi un viento exclusivo, un humo dulce, ese anillo de fuego en la garganta.

Como del cielo baja la guitarra, pobrecita y afónica. La humilde. Baja de un mueble viejo donde estuvo dormida, cadáver-semanal, luna reseca, con el vientre repleto de canciones terrestres, con una antigua euforia en esa sombra, que aprisiona en la caja de sudada madera. Trae el diapasón prisionero, atado con un lápiz mocho y un piolín, porque está ronca de rozarse en los hombres y hay que levantarle el grito, porque la garganta traspasa su sonido hay que levantarle el grito, hasta que alcance, hasta que vaya con el cantor, arriba, donde el poema espera desde siglos.

Entonces el cantor la pone entre las piernas, la abraza ciegamente con su sangre, busca su tono arisco, hunde la cara en el pecho, ausculta el alma y se ponen a conversar mientras se afinan, dulces cosas se dicen, se alejan y se encuentran: van penetrando el canto con el tacto desnudo. Es cuando hasta las moscas se caen al silencio y la noche, ahí afuera, espera espera tercamente que le rajen la panza:

"Ya me voy para los campos
y adiós...
a buscar yerba de olvido
y dejarte.

Cada uno se va para adentro, a contra sangre van, a contra olvido, porque la distancia es un grave caminante vacío, es un dios sin espaldas, porque la distancia no vuelve jamás de la distancia.

"A ver si con esta ausencia
pudiera...
con relación a otro tiempo
olvidarte.

Es como remontar un río turbio. Como ir de hombre en hombre preguntando, averiguando fechas de dolor enterrado; penetrarse sin asco, mirar hondo, tocarse el territorio con un clavo. Hasta encontrar el otro, el que ya estuvo, el que salió semilla y volvió árbol.

"He vivido tolerando
martirios
y jamás pensé mostrarme
cobarde,
arrastrando una cadena tan fuerte
hasta que mi triste vida se acabe.

Porque a veces queda sólo la muerte necesaria, la incomprendida oscura, la remota. Queda casi raíz, parece un puño, viene dentro del hombre, lo rescata. Ah, este largo naufragio, atisbo apenas, esta razón de estar, quedar durando. ¡Cómo saber a fondo la tristeza! ¡Cómo encontrarle el dorso y derrotarla!

"Cuando no aiga cielo ni agua
ni tierra,
se acabarán mis tormentos
aunque tarde. . ."

Siente que el tiempo se ha quedado quieto, se ha dejado de andar ensimismado. Ahora el hombre lo palpa, lo contempla, lo tutea de igual, le ata las manos. Le mira el corazún con un latido. Lo tutea, lo ata, lo desata.

Pero el cantor ha venido por dentro de la tonada, le çonoce las llagas por sus nombres, sus parientes: los pájaros. Vecino en su país, profeta ardido, el cantor es un hijo de su canto; sabe la soledad de cada uno, es un sabio ancestral vuelto palabra, río total del hombre, cauce loco: nace con cada copla a la esperanza. Y "La Tupungatina" lo ha parido, lúcido como un sol de turbia llama! Ahora, ya al final, busca el "cogollo", demora el corazón de la guitarra, hurga en la concurrencia ese par de ojos, donde resido yo como una lámpara. Y se enciende de amor, de puro instinto y va armando la copla y desgranándola:

"La niña Florencia, viva,
ay que dice,
más linda que ustê nú ay nadie,
nû ay nadie,
el sol se para a mirarla,
ay que dice,
dando güeltas en el aire,
aunque tarde. . ."

Entonces, precipito los latidos en el corazón de mi madre, me anuncio en su sonrisa, ya soy beso y el último pedacito de tonada se disuelve en la noche. Va a encontrarse conmigo en lo lejano...

AMERICA ANCESTRAL

Traigo las voces gruesas
como un abrazo de hombres
y la canción rotunda
que hace sombra en el suelo,
reconozco de pronto, tamaño con mi madre,
imperceptibles huellas, maderas humilladas,
entonces tercamente,
parecido al silencio,
como un toro de sombra me levanto cantando.

Hermano renacido, olor a vino y hombres,
me limpio un ronco llanto de piedras y carbones,
despierto oscuramente,
parpadeo los siglos,
y una tonada encinta me muerde los talones.

Me levanto heredero desbordado de bestias.
Fabuloso de tierra como una gran rodilla.
Subo, crujiendo música, mi catedral de manos.
Estoy, húmeda greda, preñando las semillas.

Tomo mi sangre entera: mi país, sus canciones,
y le rompo al silencio su boca de naufragios,
pecho de un solo pecho, el corazón debajo,
repito lentamente lo aprendido en la carne.

Nombro el Sur de los hombres,
a mis hondos hermanos crecidos entre muertes,
parientes de vidalas,
vengo cantando el viento dorsal y detenido
en las oscuras lunas, maduras de la caña:
una caña de pájaros terrestes,
hurgadora de tímpanos, solar y solidaria,
un secular lamento de música clavândose
en el hosco silencio que nos mueve las manos.

Y todo por mi boca, por mi arteria caliente,
por la edad de mi pulso todo el siglo guardado,
subiéndome de a poco los trozos de memoria
como un niño de sangre callado y solitario.

Basta mirar la frente caída en las canciones,
el pómulo que emerge como un niño en la cara,
basta mirar, mirarme, penetrar por mis ojos,
para alzarme testigo de su sombra enterrada.

Yo repito la hazaña de la madre reseca:
regreso, soy de nuevo de piel y de esperanza,
vuelvo de muchas muertes, de un dolor de ceniza,

a rescatar la brújula dormida en la guitarra.
Se enloquecen de ríos mis piernas litorales
y transito los valles en los rumbos del agua,
me desperezo en pastos y el tambor de la lluvia
para erguirme en el ancho verano de los árboles.

De distancia y de piedras,
lugares y ciudades,
movidas muchedumbres pronuncio con mi canto,
palpo el ciego subsuelo del hombre sumergido
y como un aspa tensa le levanto las manos,
le enderezo la frente, hablamos por debajo
y lo propongo grito habitándome el canto:
le digo Sur, países, le zumbo los tambores,
la rebelde tristeza que se agita en las danzas
y desde el duro ancestro que le dura en los ojos
voy juntándole el hombre que le fundó la sangre.

Un perfil, una boca, cualquier trozo de padre,
me recuerda el tamaño de mi hermano sin lengua,
entonces nombre a nombre, Juan enorme en la tierra,
se sube a mis pupilas su circunstancia seca.

Digo el Sur, los países, los ríos palpitando,
el primer perseguido que se cayó a la muerte,
el vencido de arena, fijado en su pregunta,
que duerme bajo el hielo el sueño de la piedra.
Digo el Sur, mis hermanos.

Aún no sé por dónde reconozco las cosas:
el corazón sin llanto que duerme en la madera,
el hombro de los vientos, todo el sexo del agua
y el tuteo solemne del mineral solemne.

Del pecho trepidando me galopan abrazos
anegados de voces densas de carne y hueso
y entonces el milagro: me asume el continente,
porque conmigo canta mi pueblo semillero.

GEOGRAFÍA DE LA TONADA

Desde una desmemoria de volcanes
se me arrojan las manos a palomas,
a pájaros se arrojan, a herederos,
desde una trepidante desmemoria,
con un ritmo quebrado en las mujeres,
en el codo frutal y en el jadeo:
amplias alas polares me sacuden
esta urgencia de silbos y de vértigos.

El son, digo el tambor, la avispa encinta
percutía en el árbol, retumbaba,
le mordía las piernas a la aurora,
a la infinita virgen de la escarcha,
se movía a cantar, a andar sonando
por un ancho rocío de campanas,
por la inmediata carne de la alondra,
que con un trópico sonoro adentro
subía a responder batiendo el alba.

Y la madera supo. Y supo el viento.

Y rechinó una fábula de cañas.
Perfiles a nacer, tímpano el tiempo,
acudieron a fuerza y a malsalva,
porque el sonido al fin, porque la sombra,
sabían del milagro y lo danzaban.
Rondaba el vegetal, crujía el brote
con el sol acoplado a las espaldas,
con duras cuñas de vigor en lo íntimo
y un diluvio de hongos y de malvas.

Desde entonces a mí: la esfera ciega,
la potencial succión, la llamarada,
la cadencia creciendo en locos círculos
sus gigantes de música en mi carne:
tanto como la piedra y siempre el agua
me aturden la guitarra con sus viajes,
emigran sus estrellas por mi boca,
pregonan sus rituales con mis manos.

Cuerpo ya, pentagrama transitable,
cerca del corazón queda la hierba.
Respiraré el aroma y el volumen
porque sin solidez, porque con aire,
porque con carne al viento y con arterias,
porque ya transitado y transitable,
me muero universal como la muerte:
igualitario, libre y nazco unánime,

aledaño a los pájaros, creciendo,
camarada animal subo a la vida
con vítores de sauces y magnolias,
sinfónico y alegre, saludando.

EL FUNDADOR DEL RIEGO

Cuyum,
clima del júbilo,
almíbar necesaria,
tu corazón, nosotros, habita el verde
y canta,
desde un ancestro añoso, acústico, nativo,
al país donde estalla la tonada del agua.
Canta,
silba en el riego,
la historia lagunera dormida en Guanacache,
mi fabuloso abuelo barrido por el viento:
aquél que fue cayendo desde su carne al polvo,
barba de barro seco, gobernante del aire.

Mi abuelo lagunero le sucedió a la tierra.
Su relámpago tuvo la dimensión del zonda,
caviloso venía,
malón crudo del hambre,
se incorporó mordiendo su soledad desierta
y la seca vidala que le golpeó el silencio

con un niño callado. Tibio tañido adentro:
donde el origen tiene su badajo guardado.

Sexo de arcilla roja, la ceniza lo calla,
lo sumerge en su frío país diseminado,
de allí convoca al viento, vocifera en su tránsito,
y en una noche espesa le deshace las manos,
las duras constructoras del canal, las acequias,
por donde vino el agua donando su costado.

Su paso geológico,
pie de andar y buscarnos,
fue fundando la arena junto a la leña náufraga
y esencialmente grito, partida voz conmigo,
remotamente entonces nos semilló la sangre.

Y con su sólo tiempo permaneció,
esperaba,
vino mudo silencio, tocándose, mordiendo
las ávidas matrices donde reside el río,
donde lo venidero, húmedo de palparse,
empuja el nacimiendo maderero del árbol.

Antigua anatomía,
labriego en las pichanas,
junto a la acequia cósmica nos aguardó,
duraba:
eslabón con sus huesos,

heredero infinito,
paso y sombra en los siglos,
cuerpo extenso duraba:
su tambor en cuclillas, estampido gredoso,
áfona flor del cuero, nos aguardó
durando.
Nunca supo qué estrella le quemaba las manos.

Astillas de sus horas nos salpican los ojos
cuando el verano llega del sol, cuando los árboles
gozan su crecimiento, sonríen desde el brote
y añosamente extienden su brújula de pájaros:
entonces, zumo a fuego, abuelo legendario,
la preñez jubilosa de la uva te llama
con su azúcar profundo, por el mosto infinito,
hasta el muslo entreabierto de la viña te llama
para que con el denso alarido del vino,
retumbes, nos retumbes
y tu fragor le colme el sexo a las guitarras.

Porque el vino levanta su hoguera, enciende al hombre,
en lo vital lo besa, le transpira en la sangre
y a garganta y a música le desnuda una espiga
atávica, espaciosa, grávida, solidaria.
Su voz cabe en el viento, le desata las manos
y un huracán alegre traído de su estirpe
con su perenne furia transita liberado,

porque en medio del vino la vida se recobra
agitando el latido de la tierra y el aire.

Por eso cuando canto, te nombro el continente,
te desato de a poco la memoria, los pasos
que anduvieron la noche como un buey sigiloso,
pesado de silencio, mojando mi simiente.
Arenales te nombro.
Sol a sol tu camino.
Regador y propósito aledaño del río.
Tu presencia amanece en un pómulo sólo
cuando por dentro sube tu corazón al mío.

En el Oeste duerme la fundación del riego.
Tunuyán primitivo.
Guaymallén de los cauces.
Lejanos pescadores de un párpado de peces.
Ingenieros desnudos.
Fundadores a mano.

Mi abuelo lagunero le aconteció a la tierra
y su enorme silencio viene por los canales
despertando el murmullo de la noche en el agua.

TONADA DEL BUSCADOR

Ahora sangre madre,
las guitarras.

El hermano trigal,
frutal,
despierto,
en la cumbreña hazaña levantado
con una paz furiosa en las dos manos
y un sísmico rumor entre las piernas.

Ahora sur,
cintura,
padre andando,
guitarra muscular,
estrellerío.
Ahora madre sangre retumbando
mi zamba, mi baguala, mi silbido:
vidalita distancia, vidalitá,
sur vidala, baguala, desprendido
corazón de guitarra, mi silbido.

Es tiempo de crecer hasta la tierra,
hasta la gran memoria, hasta el testigo,
con todas las señales bajo el brazo
subiendo el mediodía del oxígeno,
es tiempo de volver por todas partes,
arriero de la sangre y el camino.

Para alzar la ceniza,
reconstruir al padre,
raspar la desmemoria moradora en la carne,
urge unir las canciones,
interrogar la sangre...

...porque la sangre siempre responde por el hombre.

LEYENDA DEL CLAVEL DEL AIRE

Por tumultos de greda, por espinas,
sube el clavel del aire hasta su aroma,
estrella de la arena sin orillas,
diente de soledad,
concreta espuma,
pájaro de raíz sobre la piedra
donde el silencio acude a sus enigmas.

Porque, brujo de sol atado al zonda,
a su ritual caliente, a lo iracundo,
asoma su heredad por rudos ojos
secos de no mirar sino en el tiempo,
en un filo de sed, en duras hachas,
en resecas paredes del crepúsculo
caídas, como el cielo, en la distancia.

Antiguo de saber, conmigo al fondo,
alzo un ojo de azul de entre sus párpados,
un fragmento de noche, un turbio traje
y le penetro el rumbo huella a huella

buscándole el amor, la residencia,
la oscura gruta de agua donde empieza.

Solitario clavel, mensaje al medio,
te acosa la sequía por debajo
y una furia famélica y remota,
aurífera de sol, por el costado.

Por ciego territorio y piel desnuda
lo ciñe el polvo grave con que habita,
le mastica madera en los talones
un estupor de leña triturada
y náufrago color, huérfano mundo,
retrocede la ruta de su magia.

Sólo vive de música, de roces,
de oír quebrar la noche por el alba,
cuando húmeda y carnal la última sombra
va procreando un día en cada pájaro.

TONADA DEL RETORNO

Con hongos en el pecho y con la noche,
impalpable de cal entre los dientes,
te succionó la espalda un hondo fuego
hecho de soledad, viejo de hierro,
un origen sin tiempo que aguardaba
la madura paloma de tus huesos,
hasta que mineral, musgo implacable,
volvieras, todo sordo al movimiento,
a la agónica luz de los latidos,
a la existencia sin clamor del agua
cómplice de la luz, hembra del viento.

Lento de no morir sino en tu nombre,
detrás de la memoria, mudo, lento,
te anudaron la lengua con raíces,
con sinsabor de arcilla, con anfibios
y regresaste horizontal al río,
velero subterráneo, navegante,
salvado del naufragio para siempre:
capitán inviolable del rocío.

Tiempo de no caer, viejos minutos,
sacerdotes de arena te contemplan
con sus barbas de vientos y distancias,
cómo, vuelto de sal, te andas el rumbo
infinito de greda sin estrellas,
abandonado al vértigo inmutable,
al galope implacable del retorno,
al llamado sin prédica, a la fuerza.
Cómo no has agotado tu semilla
aquí, donde los hijos, en la atmósfera,
cómo, ya soledad, mágica alquimia,
solemne de misterio, recomienzas.

Y tu garganta al fondo, tu alto bronce,
ha cambiado de pájaro, ha mudado
su corazón de música y su luna,
su compás de la sangre, sus señales,
ha volcado el cristal templado a miedo
de la lejana carne que llevabas.

Allí estás despidiendo tus retazos,
saludando fragmentos de tu barco.
Un océano negro te amamanta
la fiebre de partir, la íntegra balsa,
los remos tan insomnes de tus brazos.

Isla llegas a ser, isla en tu jugo,
residente de mares sin plegarias,

con hongos en el pecho y con la noche
subida a poseer toda la vida,
a amarrarle los muslos con el alba,
para que desde el grito del origen
el sol se suba al vientre de la aurora
y le fecunde un brote entre las alas.

Y lo que entonces rondes ya es cantable.
Las manos, sí, las manos como el vino
que partido en el medio ya es verano,
como decir luciérnagas en celo
y vientre sideral y primavera
encarnada de leche y piel y fuego.
El vino, sí, las manos, lo que rondes,
lo que caiga a tu torso vuelto al tiempo.

TONADA DEL HAMBRE

Permanece el sabor,
los paladares,
los mundos de la piel,
la vena, el signo.
Queda una alegre magia humedecida
en los sagrados ritos de la boca.

Los maxilares templos convencidos
repiten sus liturgias cereales.
Hay los místicos panes diminutos
gastando sus parciales muertes diarias,
con sus inevitables holocaustos
jubilosos de jugo.

Un ritmo secular de las cucharas
danza en el corazón de las semillas.

Primero fue el cuchillo, el gran cuchillo,
el tajo precursor, la hoja tallada,
fue la punta asesina, vengadora,

esclava del estómago implacable:
la sucesión, la hoguera, los mordiscos,
la alegría del diente penetrado,
descendieron las barbas de la historia
gesticulando dioses con sus llantos,
descubriendo el asombro entre las llamas
evadidas del leño y el relámpago.

Desde la enorme nuca de la noche
hasta el peso del mar desalojado,
como un gigante negro y laberíntico
el hombre caminaba por el hambre,
el hambre que empujó las carabelas
a contra mar,
al mundo de la espalda.

TONADA DE MI PADRE TROPERO

Como si al fin partiera una guitarra
por las ubres sonoras, por el canto
y crecido a rigor, a lento oxígeno,
me hundiera en un verano despiadado,
en el músculo a música del río
angosto de viajar, trémulo, largo,
desciendo al corazón de la memoria
desnudo del lenguaje y las señales,
de bruces en el tiempo tamborero,
al sueño vertical donde quedaste,
dormido de calor, chispa por dentro,
hoguera nocturnal, tropero padre.

Un sismo de vigüelas te derrumba
el potro cardinal que te habitaba,
esta ausencia de cañas por mis ojos,
esta lúcida música en la espalda;
un áspero rumor de lejanías
te repite la sangre, galopando,

te transita conmigo, galopando,
te levanta en mi sombra, galopando.

Vigía del sudor, tierra contigo,
aún me anda tu sed los maxilares
desde la turbia historia agazapada
que te ataba las manos con el hambre,
para que por mi boca fabulosa
escupa el cardo cruel de tus harapos,
de tu enorme pobreza, de tu frío,
de tu inmenso perfil donde la raza.

Ah, numeroso peón, desde tu ausencia
me ha quedado la boca gusto a macho,
un dormido relámpago en los dientes,
una fe de cuchillos milenarios
y cuando en el rocío te me acercas
a besarme las piernas con que avanzo,
te nombro enteramente en la promesa
que me ha partido el pecho en dos ombúes
por donde va cruzando la esperanza.

Diseminado padre por la tierra,
baqueano en las estrellas, caravana,
galope todo azul, rumbo en el viento,
qué musical caballo el que montabas
cuando, urgente de mí, son en tu médula,

un rito de malambos me anunciaba,
entre tercas bagualas de cien leguas,
para que descendiera a las guitarras,
increíble de silbos mañaneros,
cristal a la intemperie, ya tonada.

TONADA DE TU PIEL

Cuando tú develabas la soledad,
lo triste,
el sombrero amarillo con que viene el otoño,
cantos de sangre roja yo quería decirte,
nombrarte una mañana, darte un niño sonoro
y limpiarte la sombra que inundaba tus hombros.

Tu piel, torso del aire,
tu nativa envoltura,
se ha quedado en el mundo a fundar el planeta,
tus caderas precisas de horizonte y paloma
son una dulce tierra, una ávida semilla,
por donde van mis manos arteriales y rojas
a ser amor,
llevando la edad definitiva.

Y tu piel es sagrada como el cuerpo que lleva,
antigua de ir salvando la muerte del olvido,
tu piel es una balsa lanzada a mis orillas
para salvar los niños que esperan en tu océano.

Quiero decirte andina,
silencio interrumpido,
repetirte propósito vegetal del salitre,
sombra palpable y lúcida,
zumo sobre el verano,
índole de la carne,
diapasón del latido:
voy cantando tus anchos lugares de ser madre,
dando toda mi música a tu beso de almíbar,
conociendo en tus ojos el país de la sangre
de donde vuelve siempre la vida de la vida.
Cuando el brío nos vuelve furia de sal atávica,
un duelo con las bocas, una sed de las manos,
dos raíces hundiéndose al fondo de sí mismas
hasta sorber el íntimo territorio del aire,
entonces, sabor hondo, tu aroma milenario,
la barca de tus brazos, madera femenina,
me va llevando lejos del silencio, navego
y se me alegra toda la fe de un raro modo.
Tu cuerpo cancionero, dulce guitarra tibia,
le pone densas coplas a la noche y cantamos
el amor, nuestra tierna escritura infinita,
tus ojos y mis ojos, el amor y cantamos
no recuerdo qué instante por donde viene el día.

Y alzo de a poco el día,
quiero que habites toda la luz, que tu elemento
de claridad me encienda la llama que contengo,

que me conviertas lámpara,
lumbre de verme en todo lo que de tanto amarte,
de tanto andar queriendo tus manos musicales,
va moviendo mis labios, nombradores del tiempo,
con la misma ternura con que voy por tus ojos
a colmarte de estrellas el corazón que tienes.

En tu cuerpo termina la región de mi cuerpo,
mujer, mundo conmigo, dimensión de mi límite,
tu simiente profunda me esperaba y partimos:
sembradores unísonos,
bulliciosos labriegos,
a terminar un niño con lo mejor del aire,
con lo mejor del agua
y la flecha más verde del árbol pajarero.

Y tu piel es sagrada porque la habita un beso,
porque la ronda un júbilo,
un año de alegría,
todo un clima inocente donde despierto y canto:
tallo de sol, nativa,
lluvia limpia en mis manos,
continente de espigas.

Ahora, ya investida de verano y paloma,
déjame que te nombre fundadora en la tierra,
tierno lugar del hombre, pueblo de un solo pueblo,
mitad de mí, guerrera del pan y el nacimiento,

déjame pronunciarte con un solo latido:
brazos de pura atmósfera,
cereal encendido,
hoguera entre nosotros,
camarada del limo,
simple carne en el viento,
piel del amor invicto.
Tu pollera estrellada interrumpió la noche
con un hijo sin límites, venido de tu trigo.

COGOYOS DEL COPLERO

COPLA CONTINENTAL

Cuéntame el brujo de estrellas
que le sucede a la noche,
el suceso de mil tímpanos
volcado sobre su cobre.

Costado Sur, continente
acariciado a dos aguas,
cuéntame la loca brújula
que te desata las manos.

Verde de nombres carnales,
húmedo canto de astillas,
largas brujas forestales,
cuenca del sol y su trébol.
Alto camino del roble.
Niño del año vencido.
Clima puesto en el silencio.
Cantidad del viento herido.

El muslo de gruesos mares

te saluda las orillas,
enorme beso salado
de la furia submarina.

Sólo de Sur cae el canto,
sólo de fuerza en cuclillas,
sólo de niño en los ojos,
un sismo bajo la vida.

Murmúrame el codo en ámbito.
La noche final vestida
con los tremendos lunares
de nuestra atmósfera encinta.

Atraviésame la copla
con la voz de tus cuchillos
y dime el viejo silencio
que te reside en los niños.

Descuélgame las palabras,
uvas de tibio sonido
y bébeme el zumo a fondo
hasta el lugar del gemido.

Absorbe llanto por llanto
la larga fe de mis ríos
y llévame en tus distancias
de movedizos caminos.

Quiébrame el grito en pedazos,
en trozos de luz caída
y acaríciame en el viento
esta estatura de espigas.

Hay la cumbre imperturbable,
los volcanes sumergidos,
fósiles de antiguas muertes
colgados del paso tibio.

Y nadie andará otra sombra
que la región de su sombra
y nadie sabrá otra tierra
que ésta de amparar vestigios.

Cuenta el corazón del pájaro,
cuéntalo sílaba a sílaba,
aprende el lento lenguaje
del misterio y su saliva,
su henchida lluvia en los brazos,
sus pechos a dos semillas.

Sur continente, costado
de acumularnos la herida,
de buscarnos hondamente
la sangre en la sangre misma.

La noche duerme sus canas

en el insomnio del agua,
el pómulo de la tierra
asoma por las espinas.

Sobre la ceja del río
el árbol es medio vuelo.
Me andan extraños silencios.
La luna es un alto dedo.

Fantasma de un mismo sitio
el corazón de la piedra,
nunca devuelve su entero
círculo de muerta arena.
Porque la greda ha ocultado
su distancia de culebras.

Dímelo al hombre de adentro,
ramas y flor por la boca,
cantando hasta por los codos
su intensa mujer sonora.

Acero de mar gigante.
El viento sube a su arquero.
Caballos muertos de viajes
descienden su frío aliento.

¡Qué dura pulpa la copla
creciendo dentro del tiempo!

MAPA DE JUBILO

I

Índole navegándome en el medio,
niño al fondo el sonido, precipicios
por donde cae el corazón al ámbito.

Tiempo donde la vida.
Carne sola.
Índole navegándome.

Es ya viejo que el mar
se acuesta con la noche en las entrañas.
Su espalda sube a encender los peces
lamiendo el continente, levantando
una salobre piel de sueños secos,
un ancho codo de madera y clima
y de morir
y de vivir cien sílabas,
el pecho interrumpido en una fragua,
con una lengua musical y un niño
colgado a la esperanza.

Y se me arroja la canción afuera,
vencedora de páramos y lágrimas,
regresa de saber toda la música,
mineral en el fondo,
y va orquestando
bosques, fruta boreal, lo que de pronto
suelta mi saludar, me hurga la boca,
hasta que asumo voz, levanto el pulso,
reclamo lejanía, continente,
con un sordo vigor de torso en vilo
y una mujer de atmósfera en los ojos.

2

Fraguado a mediodía entre los músculos
me batallaba el júbilo en los brazos:
fue cuando el sol donaba su violín a los pájaros.

Desde índole a índole nos subía la sangre,
la sangre como un viejo recuerdo de los toros.

Este miedo es la sangre.

La piel tiene la oreja pegada a su tumulto.

Va la sangre en la sangre.

El verano le aturde las caderas calientes.

Toda insomnio es la sangre.

Cuando el niño madura sus nueve gritos rojos
se cae de la madre al infinito,
al abdomen del polvo: al universo.

Desde índole a índole nos navega la sangre
como un oscuro río donde esperan los toros.

3

Entonces el madero se va al agua
para olvidar la savia, el mediodía,
por no cargar sus barbas con el sol
se viene de la rama por el río.
Con una muda brújula en sus muslos
el madero se viene por el agua
sin recordar el fruto ni la lluvia
ni el vértice anudado de los nidos,
ausente del vigor, suelto del árbol,
el madero se viene por el río.
Va jugando a mover el universo
cómplice de los cauces y del limo.
El madero ha caído al movimiento,
a la vejez del mundo y al misterio.
Entonces el madero muere de agua.
Lentamente se muere detenido.

4

Turbio de su cansancio llega el río
de ajustarle collares al planeta,
enjuagando en sus lenguas minerales
su antigua vocación de las estrellas.
Alto cristal de músicas veloces
levanta de la ingle de la tierra
y con besos de arena en los vapores
le cuelga un diapasón a las luciérnagas.
Tiempo del tiempo el río por su tránsito,
andando soledad, la tierra andando,
con un dedo de acequia hurgando el brote
y creciendo a murmullo en los canales.

5

Con puñados de bronces en astillas
el origen desciende a su campana,
desciende enloquecido de palparse
ciegas flores de almíbar en el agua.

Tonaderos canales van zumbando
la afónica siringa de la greda,
la tarde sube como la distancia
a liberar la luna de su ausencia.
Qué enigma este canal, qué oscuro cómplice
lo traía y lo trae por la tierra,

de dónde le han nacido tantos brujos
como el cañaveral en las arenas.

Tonadero canal, rumor corriendo,
mago de inquieta arena en las orejas,
un muchacho solar esconde el tiempo
del adusto tambor de la sequía,
porque el hombre madura la esperanza
templando un diapasón entre las viñas
y porque lleva la raíz atada
a tus viajes de padre por el clima.

Trepado al corazón, subido al último,
se me ha perdido un niño con sonrisas,
una espuma de voz que me nombraba
mojándome la infancia en las orillas.
Con puñados de hierro triturado
el origen desciende la mañana,
camina ombligo agreste, piedra sola
y se tumba a besarse con el alba,
después un solo abrazo, remolinos,
una misma locura de entregarse,
porque ávido de sal entre las cejas
el origen desciende a rescatarse.

6

Antes que baje el año, desde invierno,

duermen en la cintura ciegas danzas,
furia de procrear, musgos, fronteras
llamadas a nacer en cortos viajes,
en la llama carnal, en lo remoto,
en el letargo a fuego de la espalda.

Entonces baja el año desde invierno
y nadie lo conoce ni lo ampara,
pero un desnudo sol de lengua encinta
le sacude el azúcar a la caña
y tremendos tambores de cien niños
le aturden las orejas a los pámpanos
y un júbilo de zumo, ya recóndito,
se despierta a nacer desde la savia:
un anunciado movimiento adentro,
un ritmo de claveles y manzanas,
empujan a crecer la primavera
con una musical jungla de pájaros,
con un brazo caliente entre lo verde
rompiéndole una flor en las entrañas.

La furia viene con sus dos colmillos
a reclamar el vientre meridiano,
viene a encertar la vida en las caderas
con su nudo carnal, con ligaduras
de su lejana hembra solitaria,
la del beso remoto, la del grito,
la que instauró el latido y la plegaria.

Años se nos derrumban por los ojos
con las horas repletas de animales.
Yo canto a conocer, lámpara al hombro
el mapa sideral de la guitarra,
la dimensión del ojo que sustenta
el paisaje total de la tonada.

Desde que subí al día, desde el brinco,
me camina el verano en el costado,
con su lujuria de tañidos gruesos
golpeándome los muslos, repicando,
seduciendo la médula, los hijos,
excitándome el alba por el tallo,
para que desde un vértigo de hogueras
me caiga a la mujer como a dos mares.

7

Nadie venga al milagro sin las manos,
sin algo en qué llevar el vino entero,
nadie, sino dejando a flanco y fondo
planetas de calor, trozos del cuerpo,
encías cenitales, calaveras:
nadie llegue al milagro sin donarse
al destino sin barcos de la leña.

Unánime el milagro, el aire unánime,
transcurre de la sangre a la madera,

empuja con la sal duros cadáveres
levantados a vidrio del océano,
penetra por la piel, nos anda el agua,
hondamente cantando sus luciérnagas.

Emparentado al árbol y a los vientos,
torso de mi guitarra tonadera,
heredo el universo, asumo el polvo,
alzando eternidades con los dientes.

INTERIOR DE LA TONADA

La soledad subía, luna muerta en el aire,
su paulatina greda, su contorno callado,
nos venía juntando germen, sol y subía
volúmenes de arcilla,
duras tumbas de cuarzo.

Todo cayó al camino,
besó lo triturado,
ató el rumbo a los ojos,
preñó el clima de pájaros.
Se dormía en la tierra,
más bien sangre de abajo,
mármol remoto, océano,
infinito besándome:
mojadura de estrellas,
noche yendo en los ríos,
latido desde el agua.

Toda la arena supo, inundó lejanías,
fue rodando y cayendo, rompiéndose
y alzando
su muda edad severa triturada en el año.

Porque no cupo entonces sino como un gemido.
Porque lo venidero le colmó las entrañas.

La ausencia cómo sabe su rostro diminuto,
su cántaro molido, sus regiones violadas

y cómo desde el mundo va juntando el camino
donde baja a la sangre a morir y a quedarse
obstinada en su sueño. Definitiva madre.

Esta es toda la arena: altura derrumbada,
lengua del agua, espuma, anfibio clausurado,
nativa y horizonte, badajo de la noche,
caparazón del tiempo, tortuga planetaria.
Queda decir que el hombre, que andar, que lo nombrado,
que de todo lo cierto tuvo un trozo guardado,
que lo fósil le escribe un diapasón inmóvil
donde el helecho puso su sombra descarnada
y que en lo dulce duermen sus trigos minerales.

Ahora viene conmigo. Yo la vengo cantando:
ayayay de la arena,
niño desierto,
rama,
todo el año supimos la voz de la guitarra
y de hermano en hermano,
de caminar traemos,
el corazón legüero golpeándose, sonando,
porque el país lo sabe,
su silencio en nosotros,
que lo profundo sube por un párpado solo,
viene de repetirse, sale a fundar el día,
y a hinchar de un mismo júbilo la semilla del hombre.

Cuando toda la boca se parte en las canciones,
cuando estamos enteros desfondando la tarde,
cuando la primavera despereza la tierra
y nuestra voz sacude su pollera de sauces.

Entonces. Cuando siento que el vino te transita
como un humo caliente con su piel derramada,
presumido en su trópico, ebrio carnal, jadeo,
danza gruesas mujeres desnudas hasta el alma.

Y fundador contigo,
relator de tus soles,
te muevo las pestañas sonoras,
caminitos,
sintiéndote, sabiendo, nombrándote, vidala.

CANCIONERO DEL CARBÓN

...Pero, macho nocturno,
compacto estrellerío,
su pubertad contiene lo genital del fuego,
una noche votiva de araucaria, un silencio
vegetal todo estrépito
y abismales maderas detenidas en lo íntimo.

Y nunca sé qué voz, qué espeso oxígeno
percute oscuramente su sedimento acústico,
va de noche y cantando, desgajando del aire
chispas de furia sola, liberados relámpagos
y una sólida sombra resuelta a ser de pronto:
luz violenta y desnuda, flor violada en lo cálido.

Originario adrede, ataúd de los árboles,
un vigor primitivo lo derrumbó del aire,
buscándolo aborigen, duro río sin cauce,
lo fue dejando noche, demorado letargo,
para que siendo insomne verano sobreviva,
sólidamente oscuro, con el clima enterrado.

Tócalo oscuramente, enciéndelo despacio,
que la luz se le caiga de los remotos márgenes,
cávale lo dormido donde el sol le reside,
donde a su leña antigua le sucedió quedarse.

Sólo el helecho es música, sólo un ay subterráneo,
ahí le cruje un gemido de nombre solidario,
ahí le estalla de pronto un timbal encendido,
una cuenca vacía: sólo azul, sólo espacio.

Ahora, carbón, cavándote, dándote en el crujido,
yendo a tu barco muerto, penetrándote el año
donde un tiempo volcánico puso a secar los pájaros,
encuentro las mandíbulas del siglo agazapado,
la hoguera sumergida, un destino caliente,
tu silencio gigante con la cintura en llamas.

Lo que cae a mi sangre lo inmóvil ya lo sabe.
Sucede el crecimiento. El animal sucede.
La primavera eufórica precipita los árboles,
pero inmutable y único, pero raíz del día,
por debajo del grito lo inmóvil ya lo sabe.

Apenas tu penumbra, tu crepúsculo bárbaro,
carbón de un solo muro, integrado pesabas.
Y hubo niebla, hubo el agua, entonces río y luna:
hubo un vapor extenso, nacimientos boreales
y un sigilo gigante de bosques derrumbados.

Se le quedó en un trópico la selva crepitante,
un ruido al rojo vivo,
intransitables valles de tinieblas quemadas,
se le puso nocturno el corazón de piedra
y el calor, vuelto abajo, se le volvió campana.
Porque vino la lluvia, cayó el mar a sus fraguas,
el agua fue apagando la tea en los volcanes
hasta que duramente, soledad encerrada,
el carbón fue creciendo como una negra fábula.

En su país macizo,
el humo es como un vuelo separado del pájaro
y el sonido es un arduo cadáver,
un sol áfono.
La sinfonía herida le viene de la atmósfera
cuando el fuego desciende por los dientes del rayo
y la médula rígida donde guarda su trópico,
mineral insurrecto,
se le despierta lámpara.

RESURRECCION DE LA CENIZA

Su presencia desciende por el dorso del fuego
a desnudar la última soledad del olvido,
naufragio de la llama,
calidad del silencio,
la impalpable paloma de su muerte desciende
ni madera
ni oxígeno
ni luz bajo sus cejas,
paloma gris desciende,
hasta la permanencia de su vuelo dormido.

Nunca recuerda,
nunca regresa de sus páramos,
nada agita los sueños de su mar sin gemidos,
yá caracol, atrapa las arterias del aire
y le ahoga los rubios caminos del sonido.

De su mundo hacia afuera,
el vegetal construye la savia, alza su día,
la sangre empuja a sangre su animal inolvidable

golpeándole la índole con el mismo latido,
la piedra modifica su rostro contra el agua,
todo cae y se integra, se recobra, ejercita
la materia multánime, sus talleres profundos,
la trepidante atmósfera donde cabe la vida.

De su mundo hacia dentro, en su número solo,
precisamente inmóvil
la noche suya habita debajo de la noche,
solamente de sombras, de cavidad sombría,
fríamente de espaldas reside la ceniza.

Ajena, sólo olvido,
despedida materia final, extraña isla
donde lo ciego vive de su misma ceguera
y la muerte consiste en saber muy a fondo
que sólo la ceniza va nutriéndole el mito,
que de ceniza sólo existe, que su rito
vive en el mundo exiguo derrumbado del fuego
y que nunca ha existido más allá de ese límite.

La ceniza no tiene retorno en la ceniza.
Su soledad posible fundó la soledad.
La voz se hunde callada bajo su voz perdida.
La sequedad le guarda toda la sequedad.
La derruída intemperie de su intemperie duerme.
El tiempo agotó el tiempo de su mínimo andar.

Del silencio le nace su silencio concreto.
Su ausencia va a la ausencia duramente total.

Nieve de sed, caída estrella seca,
la ceniza resiste cuando el agua le besa
la esparcida materia solitaria, el fragmento
recóndito, dormido, con el que se sostiene,
se sostiene y resiste, fría esencia en su forma,
imperceptiblemente.

Pero húmeda la tierra, su vaho poderoso,
absorberá su entraña nutritiva y espesa,
le romperá a semillas la soledad, lo estéril
y a succiones rotundas la encenderá en el centro,
hasta que caiga al aire, se caiga y prolifere
primaveras, veranos, la dimensión, los jugos,
hasta que un gran tumulto de raíces le muerda
la intimidad caliente donde nada se pierde.

Roto ya lo callado, entusiasta volviendo,
la ancha lengua del agua le partirá el silencio,
de allí vendrá cantando, transformada, dinámica,
cómplice con la savia, todos los nacimientos.

Entonces, la ceniza olvidará su estirpe
y lentamente agrícola, subirá de la muerte.

SAL TERRESTRE

De pronto rudo párpado, lagrimal sin caricias,
fábula del salitre levantado a colmillos,
de un hosco cancionero dormido bajo el viento
y un agrio grito de agua detenido en la muerte
donde la espina cobra su nacimiento entero.

La arena se nos viene de una greda maciza,
de un roce de intemperies, de silencios completos,
se nos cae de piedra como una lluvia sólida,
planetaria y desnuda soledad de la muerte,
soledad con las fauces partidas en el agua
donde tus vidrios ciegos amarran el silencio.

Una lengua lejana te levanta en la arteria,
sonora entre la sangre, ciego mito de siembra:
vestigio que llevabas por un solo camino
donde el polvo rescata su agonía de ausencia.

La sed quema, nos quema tu niñez de ceniza,
tu terrestre memoria sin música, tu ritmo

atado a la distancia con un tránsito viejo
de soledad callando tu soledad entre vértigos.

Esto de venir hondo, de traer un subsuelo
de astrología y yodo, navegando la piedra,
hoscamente en el fondo, en lo sordo sin tregua,
en una muda tumba puesta a sorber el clima,
canta, sal, rudo párpado, sequía en la sequía,
una mordida estrofa de profundas avispas.

Cuando subes la tierra descalza, lentamente,
cuando rocío adentro, rumoreas el hierro,
una ráfaga loca de intemperie dormida
se desnuda en tu centro,
en tu latido a secas,
en tu cruda guitarra de roncos crujimientos.

Blanco abdomen desierto,
casi fuego en el dorso,
una hoguera remota te desciende cantando
su ancho diente de arcilla,
su paladar de arena,
los calcinados ojos de la planta primera,
casi como una furia de astillas minerales
tirando, puramente, de un animal dormido:
negro hueso de abajo,
muda geología,
sombría calavera empinada de chispas.

Llegas como rompiendo vestiduras de júbilo
desde un turbio galope sobre escarcha, creciendo
sobriamente en mis manos dentaduras calientes.

Y entonces, sal del mundo,
extensos de tu nieve,
rudos gorriones fríos,
todos pájaros tuyos,
irrumpen sangre y música de un solo nacimiento.

De parir con un grito de claridad contigo,
toros, piedras, estrellas, lentos niños de trigo.

HUESO FUNDAMENTAL

De lejos crece el hueso,
se busca en la estatura,
va integrando su suelo
desde dentro, empujando
la lenta furia ajena
mordida por la atmósfera,
donde el animal hondo
se apoya con la carne.

Quiebra,
rasga lo denso fuera del movimiento,
sube su duro oxígeno desterrando la sangre,
va, jugo en el latido, asomándose al grito:
rechinando y gozando la rotura del aire.

A pedazos calientes se yergue, agrega, suma,
su paloma esencial a otra paloma
ciega, fundamental, solemne y ciega,
enteramente espesa y dulce luego.

Entonces, ya concreto, va quedando
rígido y espacial: músculo seco,
sostiene el corazón y lo sustenta
con su tambor partido de silencio,
con su crujido bronco y sus abismos
de ajada soledad, alzada adentro.

Sequedad masticada atrás del fuego,
antiguamente espiga, sepultura,
cal, tránsito jadeante, nieve en vilo,
caracol desnudado en la saliva:
hueso descomunal, brújula macho,
heredero talón de los gemidos,
desde su semillero vino andando,
sostuvo al hombre, estuvo, le armó el grito.

Áfono andamio, rito, danza pálida,
litorales de sangre le circundan
todo el calcio final, la cueva sola
donde dura los siglos, donde gasta
su témpano ancestral, su estrella quieta.

Desde ahí duele y hambre y sed cayendo,
lloviéndonos la edad, chispa en la chispa,
rumor junto al rumor, lámpara terca.
Desde allí alzó el dolor, vino conmigo,
su esqueleto integral excedió el tiempo.

Y el pequeño martirio vino encima
encogido de llanto, desatando
la espina, la caverna, un viejo diente:
el estupor más hondo vuelto lanza.

Fue arrastrado y vencido y enterrado,
puesto entre roca y viento, hecho a la arena,
roto a trozos de polvo en las mandíbulas
donde el primer sollozo hizo su cueva,
subió por el sudor, vigiló el mundo,
astilla de la astilla, hembra en la hembra
y andando y conociendo y entre muertes
nos rescató la sílaba, nos puso
su lento paso al alma entre las piernas.

Un oficio distante encendió al hombre,
lo encendió labrador, le preñó el hueso
de martillo inmortal, de pala alzada,
de cuchillo buscándose en el cuero
y el albañil de piedra y la cerámica
y el barro vuelto muro fundó el templo,
le vió llegar el vientre, las dos manos,
la ardida consistencia de la arena,
porque un embrión de furia inauguraba
espacios, sol, canales, rudimentos.

Lo que sostuvo queda, lo derruído
pronuncia el testimonio conservado,

despierta la memoria de la tierra
con un severo gesto en las edades,
donde él supo el relámpago y el pecho
aprendió la tormenta atada al rayo,
cuando rotos los cauces de la noche
las aguas siderales se volcaron.

Forjador y racimo, camarada,
sangre buscando sangre y luna y hierro,
dió el rumbo, dió calor, anchas zancadas
por donde vino el hombre y cayó al beso,
por donde subió el hijo a dos latidos
y una madre sin límites trepaba
y la vida llegaba inmensamente
y el hueso, a carne y hueso, la fundaba.

Entonces llanto, látigo, la muerte,
el lecho de furor, la alta pirámide,
la ciudad sin palomas, las banderas
clavándose en la espalda del esclavo,
exprimiéndole el alma, el heredero,
sujetando la historia con un clavo,
triturándole el rumbo, deshaciendo
su médula mundial, su dulce larva,
para que noche y noche y noche a plomo
sumergiera la aurora de la carne,
le absorbiera el rocío, hundiera el día,
le apagara la estrella de las manos.

La pequeñita muerte innecesaria,
lo que quedó clamando, amor, clamando,
el minúsculo padre engrandecido
de tanto repicarse y repicarnos,
trepaba el corazón, buscaba el sitio
lúcido y necesario donde amamos.

Fue enorme leñador, día del árbol,
calendario sudado en la madera,
no sólo piel, también estrella ardiendo
profundamente al alma, al fondo, al hueso.
Allí esperó, guardaba las astillas,
ciegamente esperó, mientras caía.

Fue cuando un hueso enorme, largo, entero,
encogía, callaba, andaba el viento.

De tanto hueso al fin yendo al olvido,
su multitud tremenda ardió debajo
y una furia distante reconstruía
la insurrección dispersa en las gargantas.
Y el día reventó, colmó sus horas,
anegó un mes de fuerza, inundó un año
y a los bordes del siglo fue volcándose
un mar de pies, de manos, de rodillas,
de oscura sumisión diseminada
a lo largo y lo negro de la historia,

donde le residía todo el hambre,
todo el harapo, el muerto, el de rodillas,
el fundador vencido, el alfarero,
el constructor callado, solitario.

Sólido, concretado en su herramienta,
dormido en su labor, su oficio, el hacha,
erguido a puro hueso desde siempre
se ajustó la memoria a ras del alma
y de su frente, sólida paloma,
vino andando sus huesos hasta el alba.

INDICE

Pórtico .... Pág. 7

Territorio del Canto
Descripción de la tonada .... „ 13
América ancestral .... „ 19
Geografía de la tonada .... „ 23
El fundador del riego .... „ 27
Tonada del buscador .... „ 31
Leyenda del Clavel del Aire .... „ 33
Tonada del retorno .... „ 35
Tonada del hambre .... „ 39
Tonada de mi padre tropero .... „ 41
Tonada de tu piel .... „ 45

Cogoyos del coplero
Copla continental .... „ 51
Mapa de júbilo .... „ 55

Interior de la tonada
Existencia de la arena .... „ 65
Cancionero del carbón .... „ 69
Resurrección de la ceniza .... „ 73
Sal terrestre .... „ 77
Hueso fundamental .... „ 81



G. D'ACCURZIO
IMPRESOR